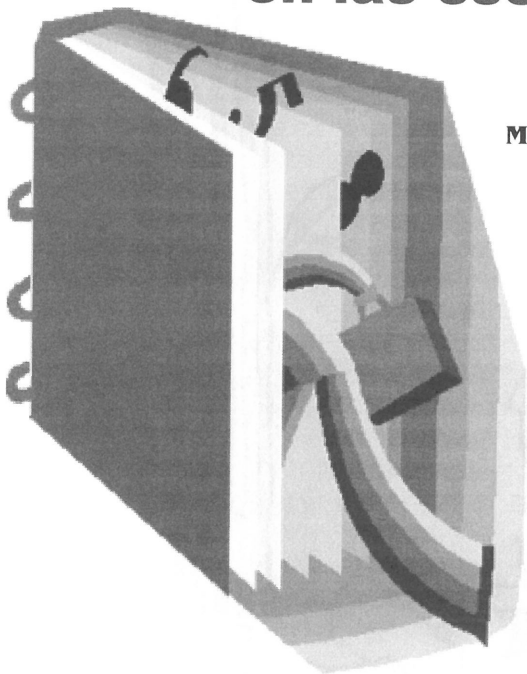


Convergencia de saberes y organizaciones populares en las escuelas campesinas



Mario Mejía Gutiérrez

*«Se le preguntó a un campesino nómada del norte de Mongolia:
¿Qué es lo que te hace más feliz? Y éste respondió:
hacer bien mi trabajo, y la paz de mi mente».
Epigrama de la cultura chamánica.*

Introducción

En *Secuencia de visiones sobre la agricultura colombiana* habíamos aventurado la hipótesis de un nuevo descubrimiento de América mediante la antropología, a partir de la década de 1950; y también habíamos hecho notar el desplazamiento de las ong, durante el decenio de 1970, hacia tendencias de servicio popular, con independencia de iglesias, partidos y universidades.

En un principio parecía tratarse de una concepción vertical, de arriba hacia abajo, de los buenos a los excluidos, del que sabe y orienta, al que no sabe y requiere ayuda. Así se introdujo, en los años setenta, la noción de ecología con el nombre específico de agroecología, inventado por el CET –Centro de Estudios Técnicos– de Chile, gracias al talento de Camila Montesinos, Jorge Yurjevich y Miguel Ángel Altieri.

Analistas como Arturo Escobar llegaron a concebir el movimiento de las Ong de desarrollo como una de las vías alternativas a la miseria y exclusión latinoamericanas.

A través de las ong de desarrollo se encauzaron recursos cuantiosos de cooperación y solidaridad internacionales,

hasta convertirlas en estructuras de supervivencia de excedentes universitarios con escasa oportunidad de acceder a alguna nómina, lo que aquí llamamos empleo. De modo que académicos incapaces de ganarse la vida por propia cuenta, por deformación académica, resultamos consejeros de *la producción campesina*, repitiendo en talleres inoperantes recetas generalmente importadas.

En la década de los 90 se hizo ya notoria la tendencia de algunas financiadoras de allegar sus recursos directamente a organizaciones de base, sin la intermediación de las ong. Desde luego, la dirigencia de las organizaciones de base no ha estado exenta de corrupción, como es de esperarse cuando el concepto de desarrollo se construye privilegiando los intereses económicos en desmedro de los valores éticos, morales y políticos; del criterio organizativo y el énfasis en lo espiritual.

El crecimiento económico apabulla el crecimiento humanístico; de ahí que organizaciones de base popular rechacen y hasta destruyan –incluso asesinando– propuestas de autonomía alimentaria, de bien vivir, de minga social, de crecimiento desde la pobreza; imbuídas de la ideología del crecimiento desde el capital para el *marketing* de las *commodities* hacia el *cash*, el efectivo, el dinero, único dios sobre la tierra; motor histórico de la ideología gringa que siempre recluta seguidores incondicionales. Esta situación es evidente, con frecuencia avasallante, en comunidades permeadas por el narcotráfico.



La idea

Durante la década de 1990, a raíz de la crisis de la ex-Unión Soviética, gran parte de los recursos de cooperación internacional se destinan al este europeo, al tiempo que disminuyen los flujos hacia América Latina; lo que obliga a las comunidades populares a plantearse una mayor autonomía, autogobierno y autofinanciación. En nuestro entorno, el concepto de *Escuela agroecológica campesina* fue creado por el antropólogo Guillermo Castaño Arcila, desde su organización *Surcos Comunitarios*, con antecedentes en el diálogo escolar rural de nieto a abuelo, ideado por el mismo actor en el Instituto Mayor Campesino de Buga.

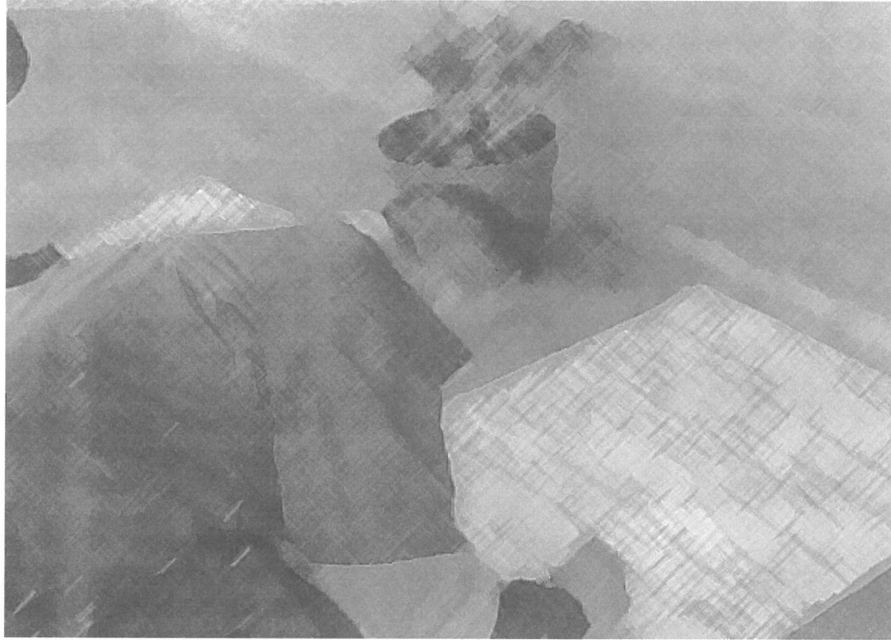
En su “esquema” inicial, la escuela se constituye como unidad organizativa local, compuesta por cerca de diez familias rurales vecinas; de forma gratuita, ácrata e igualitaria, donde los diversos “cargos” eran rotativos, a placer de las personas y representando intereses básicos como el cuidado del agua, la reivindicación de la cultura, de la historia, de los conocimientos medicinales, de la solidaridad con el compañero necesitado; de modo que en la escuela “aparecen” el *Achí-Chavari*, el solidario, el compañero hermano; el yerbatero, médico o curandero; el duende de la cultura, de la comunicación; el montero del agua y de la selva. Es la propia escuela la que da testimonio de los procedimientos de la producción, de modo que no haya lugar a ningún tipo de “certificación” externa.

Diversas escuelas pueden conformar una organización rural de primer grado; éstas a su vez pueden concentrar poder en segundo grado, y por supuesto, tal institución se convierte en el centro de los debates, de las capacitaciones, de las decisiones, y en sede de los eventos locales y regionales. Se empodera en lo local con una auténtica base democrática. Algunas escuelas, como las de los indígenas *Nasa* se orientan hacia proyectos políticos reivindicatorios.

Las escuelas que promueve la ong *Fundaexpresión*, desde Floridablanca, Santander, muy pronto percibieron su capacidad de autoalimentación, de autoorganización, y de autoproyección social. Por su parte, la organización campesina Anuc-UR, movimiento con predominancia de mujeres campesinas, concibe el concepto de *escuela* como evento itinerante de cerca de una semana de duración; donde transporte, alojamiento y alimentación constituyen rubros gravosos. Se trata, pues, de un creciente movimiento totalmente civil, informal, emergido de la base popular.

Crecimiento

En el momento se estima en más de cincuenta el número de escuelas agroecológicas campesinas, concentradas, en su mayoría, en el suroccidente colombiano. En 2004, del 22 al 25 de septiembre, el IMCA –Instituto Mayor Campesino y la Pastoral Social Jesuita, convocó a un encuen-



tro de escuelas agroecológicas campesinas, al que asistimos veinte organizaciones sólo de la región andina colombiana (75% laicos, 25% de la pastoral social), de las cuales pudieron identificarse catorce como reales *escuelas agroecológicas campesinas*.

Funcionamiento

Por lo menos dos “escuelas” —la Granja *El Puente*, de Lebrija, Santander y la *Granja Ecológica SOS*, con sede en Armero-Guayabal, Tolima— de las catorce concurrentes presentaron una estructuración formal, es decir, instalaciones fijas (aulas, dormitorios, restaurante, tierras y cultivos, manejo permanente de animales de diversas especies) y un currículo a cargo de instructores de planta, así como procedimiento de selección de alumnos, registro académico, diplomas, etc.

Las restantes escuelas funcionan con algún grado de informalidad, mediante propuestas que van desde ocho meses hasta tres años de prolongación. Algunas centralizan las actividades presenciales, mientras que otras las rotan de vereda en vereda, según el origen de los “estudiantes”. Todas las escuelas se ocupan de la instrucción a jóvenes y adultos; sólo cuatro mencionaron trabajo con niños; ninguna con ancianos; y una es exclusiva de mujeres.

Otra expresión es el programa de *retorno al campo* que encabeza Libardo Ariza Naranjo, con doce proyectos y una cobertura de mil trescientas familias; con quince años

de permanencia y destinado a personas de la tercera edad. A excepción del citado caso de Santander, la dependencia de las escuelas respecto a facilitadores, instructores o capacitadores foráneos, es aún considerable.

No obstante aproximaciones a los conceptos de seguridad, soberanía y autonomía alimentaria, ninguna escuela se refirió al tema de una propuesta de política agraria de alcance nacional; es decir, a la concepción de un plan alimentario nacional desde la agroecología. Lo local parece que todavía no trasciende al plano nacional. Se percibe que se viene priorizando el cómo de la producción en el campo y sus comercializaciones locales frente a consideraciones de otra dimensión valorativa (éticas, filosóficas, políticas, espirituales), y de proyección nacional.

El concepto de desarrollo económico fue defendido por tres de las catorce escuelas; en la mayoría de ellas prevalecía la idea del *bien vivir*.

Conclusión

Aunque las escuelas todavía se hallan bajo el control de ONGs con sus equipos técnicos, y éstas, a su vez, bajo la égida de las recetas uniformes de los organismos internacionales, este movimiento representa la mejor expresión rural de lo civil; desde lo local, desde la base, con los elementos éticos, solidarios y culturales de la minga. ♦